

Hablando en grande, actuando en grande

La prepotencia cubana de la República a la Revolución

D a m i á n F e r n á n d e z

LA REVOLUCIÓN CUBANA DE 1959 DIO INICIO A UNA FASE sin precedentes en las relaciones internacionales de la isla. El gobierno revolucionario no solo representa la ruptura con la política exterior de los gobiernos republicanos que estuvieron en el poder desde 1902 hasta 1959, sino que también rompió los esquemas de cómo los países pequeños, y relativamente pobres, debían comportarse en la arena internacional. El aspecto más dramático de la nueva política exterior cubana a partir de 1959 fue su apoyo a grupos y gobiernos revolucionarios alrededor del mundo, desembocando en el desplazamiento de decenas de miles de tropas cubanas a Angola (a partir de 1975) y a Etiopía (a partir de 1976). Otros aspectos del nuevo papel de Cuba en la política internacional, si no espectaculares, fueron al menos atípicos. La isla otorgó ayuda al desarrollo en forma extensiva a sus vecinos y amigos, y asumió papeles de liderazgo en múltiples foros, abogando por transformaciones radicales a nivel global. A partir de 1959 Cuba ha mostrado una voluntad de actuar en grande, aun sin contar con todos los elementos necesarios para ser considerada una potencia mundial. La isla al menos llega a ser pre-potencia en el ámbito internacional. Desde este punto de vista, 1959 significó una ruptura radical con el pasado de la isla y con la historia de sus relaciones diplomáticas (Erisman, 1985; Fernández, 1988; Domínguez, 1989). Pero, ¿ha sido así? ¿Cuál es el límite de esta interpretación?

Este es un trabajo revisionista en tres niveles, al presentar y responder a estas preguntas. Primero porque sugiere continuidad (donde se ha visto casi exclusivamente

ruptura) al presentar patrones culturales comunes entre la República y la Revolución, entre el pre y el pos 1959. Segundo, porque encuentra una autonomía relativa donde casi sólo se ha notado dependencia. En este sentido propongo que los gobiernos de la República, a pesar de sus vínculos estrechos con Washington, buscaban y encontraban espacios de acción autónoma en el ámbito internacional, a veces en clara oposición a la postura oficial de los Estados Unidos. Y tercero, porque incorpora la dimensión cultural a la discusión de las relaciones internacionales, variable que comúnmente desaparece al hablar de la política exterior.

El enfoque tradicional de la política exterior de cualquier país ha tenido límites. El más notable, la falta de importancia que se le da a un tema social por lo general ausente en los análisis de política exterior: la cultura política. Los análisis tradicionales de política exterior se centran en la toma de decisiones, las capacidades del poder y la estructura internacional —todas importantes— pero que no tienen en cuenta factores culturales en lo que se puede considerar un estilo diplomático nacional. La dimensión cultural, o sea la cultura política, esta casi siempre ausente. Aun cuando se incluye es representada de manera amorfa; faltándole especificidad. Mas aún, hasta hace muy poco la teoría de las relaciones internacionales no tomaba en consideración la conexión entre hechos y palabras. Este artículo es un esfuerzo por lidiar con esa omisión. Lo hace al examinar los puntos de encuentro entre las práctica y discursos pre y posrevolucionario y conectando el estilo nacional de política exterior creado durante la República con aquel posterior a 1959.

Puede ser cierto el argumento de que las acciones a nivel internacional del gobierno socialista significan una ruptura radical con el pasado, sin embargo tal interpretación no ayuda a localizar, conocer y entender las raíces del internacionalismo cubano en la historia y la cultura de la Cuba republicana. Al incluir la dimensión cultural en el análisis de la política exterior cubana y en su política en general a través del tiempo (desde 1902 hasta el presente), nuevas perspectivas emergen. El factor cultural, expresado en normas y actitudes del discurso y práctica de la política exterior, sirve para enmarcar la visión del mundo de las élites cubanas y cómo éstas conceptualizan la identidad cubana, y proyectan sus intereses y aspiraciones en el mundo. Este análisis también permite conectar de forma más amplia las políticas antes y después de la revolución y las palabras con los hechos.

En lugar de resaltar la ruptura que significó la revolución para las relaciones exteriores de la isla, la inclusión de la variable cultural revela un nivel de continuidad usualmente no reconocido. La diplomacia anterior a 1959 sentó las bases para la política exterior posterior a 1959 al generar una voluntad de grandeza en el internacionalismo cubano. Antes de actuar en grande, Cuba levantaba la voz en asuntos internacionales. Esta propensión a la grandeza, incluso a la prepotencia, fue evidente en las acciones y retórica de los funcionarios cubanos durante la República, y más tarde se hizo manifiesto en las acciones y el discurso de Fidel Castro. Los códigos fundacionales

del estilo de grandeza —de la prepotencia cubana— fueron establecidos en la República, especialmente entre la década de los 20s y los 40s, pero pueden remontarse a José Martí, el padre fundador de la nación. Este linaje demuestra que el internacionalismo revolucionario se encuentra en la base de la cultura política cubana, aun si la revolución la llevó a dimensiones inesperadas.

La política exterior revolucionaria no puede ser entendida plenamente si su pasado republicano no es tomado en consideración. La costumbre de hablar en grande y en alto en términos de política exterior durante la República abrió el camino para las acciones de grandeza llevadas a cabo después de 1959. Hablar en grande sirvió para actuar en grande.

EL ESPÍRITU DE GRANDEZA:

EL INTERNACIONALISMO LIBERAL EN LA REPÚBLICA

¿La revolución cubana significó un cambio fundamental en el comportamiento internacional de la isla? La respuesta es sí y no. Dio paso a una etapa dramáticamente activa en términos diplomáticos en el que la isla se comportó como si fuera una mini potencia mundial. Distintos factores estructurales y coyunturales explican este comportamiento. Sin embargo, algunos aspectos fundamentales pueden ser encontrados en el período anterior y posterior a 1959 si se examina de cerca la diplomacia cubana durante la República.

La República fue establecida en 1902 tras tres años de protectorado estadounidense, resultado de la derrota española (y de los independentistas cubanos) en la Guerra Hispano-Americana de 1898. La República nació con soberanía limitada debido a la imposición de la Enmienda Platt en la Constitución cubana como una condición para su «independencia». Esta enmienda (finalmente abolida en 1934) restringía muchas de las condiciones que habitualmente se relacionan con el concepto de Estado, incluyendo la no intervención de potencias extranjeras. La Enmienda Platt otorgó a Washington el derecho de intervenir en los asuntos internos cubanos, limitando también la autonomía cubana en asuntos internacionales.

A pesar de esta soberanía limitada, La Habana jugó un papel relativamente importante en los foros regionales e internacionales, adoptando en algunas ocasiones posiciones contrarias a los EE UU, incluso antes de la abolición de la Enmienda Platt. Pero fue especialmente después de 1934 que La Habana desafió a Washington y manifestó su voluntad de convertirse en un «gran» actor en el escenario mundial.

La voluntad de grandeza cubana se vio expresada en asuntos de derecho internacional y en organismos multilaterales. La conjunción de factores materiales e ideológicos forjó un estilo nacional de diplomacia en la primera mitad del siglo xx en Cuba. Entre los factores socioeconómicos que ayudan a explicar la aparición de una cultura particular de política exterior está el hecho de que a mediados de los años 20 la isla había alcanzado cierto grado de desarrollo (a pesar de ser desigual) y contaba con una élite profesional y política altamente educada y «moderna». Estos individuos viajaban a Estados Unidos y Europa y estaban al tanto de los últimos adelantos de su época. En

adición a estos factores estructurales que facilitaron el surgimiento de una comunidad de diplomáticos y expertos en derecho internacional en la isla, se deben considerar algunos aspectos políticos y culturales. Para Cuba, contar con un cuerpo diplomático era una necesidad, dado que el Estado debía realizar negociaciones frecuentemente con EE UU. La política interior cubana estaba ligada estrechamente a su política exterior. Cuba, al igual que muchos países del Caribe y del Tercer Mundo, nació internacionalizada. Sin embargo, en el caso cubano la proximidad geográfica, cultural y económica con EE UU exacerbaba estos aspectos internacionales de la política nacional. En este contexto, las políticas nacionales y exteriores se afectaban mutuamente, sin poder establecerse con certeza dónde terminaba una y empezaba la otra (especialmente bajo las provisiones de la Enmienda Platt).

El legado de José Martí, padre de la independencia cubana, aportó las bases culturales para una perspectiva internacional. El discurso progresivo, liberal y con alto contenido moral en los asuntos internacionales proviene de Martí y de otros padres de la patria. Martí, quien era un admirador y crítico de los EE UU y partidario de la solidaridad latinoamericana, tenía un espíritu igualitario, inspirado por elevados ideales de paz y cooperación entre las naciones. Él estableció el campo ideológico en el cual los diplomáticos republicanos sembraron las semillas de la política exterior cubana. El jefe de la delegación cubana ante la Tercera Asamblea General de las Naciones Unidas de 1948, Guy Pérez Cisneros y Bonnel, junto a otro cubano, Ernesto Dihigo, un prominente profesor de Derecho, fueron dos de los representantes del tercer mundo que más influyeron en la redacción de la Declaración Universal de Derechos Humanos, vinculando el pensamiento de Martí con la posición cubana de apoyar la Declaración. En su discurso ante la Asamblea, minutos antes de que la Declaración fuera aprobada, Pérez Cisneros y Bonnel dijo: «Los miembros de la delegación cubana están profundamente conmovidos al reconocer —mientras revisaban los artículos de la importante Declaración que será adoptada en pocos minutos— que todas sus recomendaciones fueron incorporadas con el espíritu generoso de quien fuera apóstol de nuestra independencia: José Martí, el héroe que —al convertir su tierra natal en una nación— nos dejó por siempre esta generosa regla: «Con todos, y para el bien de todos» (*El Nuevo Herald*, diciembre 10, 1998).

La cultura política de la política exterior cubana durante la República tuvo dos características principales: [1] Activismo internacional (a pesar de las limitaciones a su soberanía), particularmente en organismos internacionales, y [2] Moralismo altamente progresivo. Durante la República, Cuba actuó y habló más fuerte de lo que su tamaño podría indicar, aun cuando su soberanía estaba seriamente comprometida por las estrechas relaciones económicas y políticas con EE UU. La actividad internacionalista de La Habana se ve reflejada en el discurso, práctica e instituciones de la política republicana y fue posible debido a la existencia de una infraestructura humana, o sea, de una comunidad de diplomáticos competentes y hábiles abogados internacionalistas. En este período Cuba contaba con el mayor

número de abogados per cápita de América Latina. Uno de los primeros arquitectos de la política exterior cubana, Cosme de la Torriente, proclamaba que «desde la fundación de la República concentramos nuestro esfuerzo en tener relaciones con todos los países del mundo. Y puedo decir que desde las primeras décadas de nuestra independencia hemos contado con un cuerpo diplomático muy competente.» (Cosme de la Torriente, 1951, 352).

Abogados cubanos representaron exitosamente al gobierno en negociaciones en foros internacionales. Participaron en el Tratado de Versalles actuando independientemente de EE UU, dado que la isla había entrado en la guerra autónomamente. A mediados de los años 20 un grupo de prominentes abogados estableció la Sociedad de Juristas Internacionales en La Habana. Uno de sus miembros formó parte de la Corte Internacional de Justicia en La Haya; otro (Cosme de la Torriente) fue nombrado presidente de la Asamblea de la Liga de Naciones.

En negociaciones con EE UU sobre el delicado y crucial asunto de la cuota azucarera, Cuba buscó y obtuvo en circunstancias difíciles lo que Domínguez denomina «ventaja estratégica» (Domínguez, 1978, 61). Oficiales cubanos negociaron la retirada de EE UU de la Isla de Pinos y la abolición de la Enmienda Platt. A pesar de la asimetría de poder y las relaciones de dependencia entre La Habana y Washington, Cuba tendió a violar el Acuerdo de Reciprocidad con EE UU, lo que motivó que oficiales del Departamento de Estado dijeran que los isleños «tenían la tendencia de hacer alarde de su ‘independencia’ con pequeños detalles» (Citado en Domínguez, 1978, 61). En los años 40 los cubanos cabildearon exitosamente ante el Senado norteamericano para garantizar un acuerdo azucarero rentable (Pérez-Stable, 1993).

Los gobiernos cubanos asumieron otras posiciones que entraban en conflicto con aquellas asumidas por EE UU. Fue así cuando Cuba entró a la Liga de Naciones (no así EE UU), y cuando La Habana apoyó a los nacionalistas puertorriqueños en la ONU que reclamaban la retirada de las tropas estadounidenses de su territorio. El afianzamiento de una postura liberal nacionalista en estas acciones es claro. Si es cierto que no son tan radicales como aquellas posteriores a 1959, sí manifiestan un carácter independiente, activista y progresivo de la política exterior de la isla.

El segundo aspecto de la cultura política de la diplomacia cubana que persistiría después de 1959 es su fervor misionero. La política exterior cubana de 1902 a 1958 exhibió un imperativo moral que la condujo a participar activamente en las organizaciones multilaterales, foros regionales y crisis mundiales. A pesar de que estas posturas diplomáticas servían para asegurar intereses económicos y pragmáticos, una de las características de la política exterior cubana era su tendencia a ser un paladín. Esta tendencia no se hace evidente solo por los hechos sino también por las palabras.

Los delegados cubanos eran conocidos por su inclinación moralista, reflejada por su efervescencia retórica en los debates internacionales. El espíritu

de grandeza se expresa literalmente hablando con grandeza, y esto a su vez se refleja en el sentimiento de importancia, iniciativa y eficacia de Cuba. Pero La Habana no solo hablaba en grande, también actuaba en grande de vez en cuando. En el caso de Cayo Confites, dos diferentes gobiernos Auténticos brindaron apoyo a un grupo de exiliados dominicanos que intentaron lanzar una invasión para derrocar al dictador Rafael Trujillo en la República Dominicana, a pesar de la consternación de Washington.

A finales de los años 40 y a principios de los 50 Cuba estaba a la vanguardia del movimiento regional en defensa de la democracia. Bajo el presidente Carlos Prío (1948-1952) el gobierno apoyó la creación de la Asociación Interamericana para la Democracia en 1950. Con sede principal en La Habana, la Asociación institucionalizó el interés de Prío por coordinar «el esfuerzo moral en defensa de la unidad democrática en el hemisferio.» (Ameringer, 2000, 9) El propósito era apoyar a la gente de la región contra el poder de los tiranos. En este tema Cuba asumió una posición altamente moral que abogaba por el establecimiento de mecanismos multilaterales que actuarían para desalojar a los dictadores. Prío puso en práctica las ideas de Raúl Haya de la Torre y de Rómulo Betancourt sobre la protección de los derechos humanos y el apoyo a gobiernos democráticos en el hemisferio (Ameringer, 2000). Este tipo de iniciativas condujeron a que el Departamento de Estado describiera a los Auténticos, el partido de Prío, como «cruzados con celo democrático». Ese imperativo moral es el precursor de la pasión de la política exterior cubana posterior a 1959. Pero a diferencia de la política exterior después de 1959, la política republicana misionaria era reformista, más que radical, y liberal, más que marxista. Mucho más en línea con el internacionalismo de Woodrow Wilson que el de Lenin.

La esencia progresista de la postura internacional de Cuba no debe ser menospreciada. Pérez Cisneros y otros diplomáticos cubanos de esa época eran firmes promotores de derechos sociales muy avanzados para ese tiempo (v.g. prácticas laborales justas, derechos de la mujer e intelectuales, muchos de los cuales ya habían sido reconocidos en la Constitución cubana de 1940). También promovieron el «derecho de defender el honor, un alto concepto moral enraizado en el espíritu de todo hispano» (*The Miami Herald*, 1998). La posición de los diplomáticos cubanos no estaba separada del partidismo. El Programa del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), no sólo el de los Auténticos, se veía reflejado en las acciones y los discursos de los diplomáticos cubanos en el exterior. Los Ortodoxos clamaron por el fortalecimiento de la cooperación internacional y la defensa común de los derechos humanos y adoptaron posiciones polémicas en temas como la negación al derecho de veto para las superpotencias en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Asombrosamente, los Ortodoxos también respaldaron la noción de soberanía limitada a favor de la protección universal de los derechos humanos, posición que los ponía a la vanguardia de la lucha por los derechos humanos. Fidel Castro era miembro del Partido Ortodoxo antes de entrar en la lucha armada contra la dictadura de Batista (1952-

1958). Eduardo Chibás, el líder de los Ortodoxos, fue uno de los mentores y modelos de Castro. Chibás, con su cruzada moral para acabar con la epidemia de corrupción en la arena política cubana, se veía a sí mismo como un descendiente ideológico de Martí. Fidel Castro haría la misma conexión ideológica con el padre fundador y adoptaría posiciones progresistas, incluso radicales, en la política exterior posterior a 1959.

CONCLUSIONES

¿Cuán excepcional es la política exterior cubana? A pesar de responder a los mismos factores que determinan las políticas exteriores de otros países, y por lo tanto no considerársele excepcional del todo, la política exterior de la isla ha sido bastante especial. Pero el excepcionalismo cubano no se centra únicamente en involucrarse en campañas militares a miles de kilómetros de su territorio. Se debe igualmente a factores de cultura política, que se ven reflejados en el lenguaje y puesta en práctica de su política exterior a partir de 1902, no exclusivamente en el período posterior a 1959. El estilo nacional, el espíritu de grandeza, es una tradición de la cultura política de la diplomacia de la isla, que enlaza el período pre y pos revolucionario. El espíritu de grandeza, con su tendencia a «hablar en grande» en la Cuba anterior a 1959, abrió el camino para «actuar en grande» en 1975, debido a una combinación de factores, de los cuales es parte importante la ayuda material de la Unión Soviética, la ideología castrista y el internacionalismo proletario. Hablar en grande fue parte importante de la tendencia a actuar en grande. Hablar con grandeza introdujo temas tales como nacionalismo, activismo, reformismo liberal internacional y moralismo en la puesta en práctica de la política exterior de la isla desde muy temprano en la República. El discurso de grandeza y de prepotencia fue posteriormente un estímulo a las actividades revolucionarias en el exterior. El espíritu de grandeza conlleva códigos culturales de extensa genealogía (del latinoamericanismo de Martí al internacionalismo democrático de los Auténticos y los Ortodoxos). Estas normas se encuentran en el eje básico de muchas de las actuaciones de la política exterior revolucionaria de Cuba, si bien con una interpretación radical: pasar del reformismo al globalismo radical no era un paso difícil de dar una vez la Revolución asumió el poder. La combinación de nacionalismo, una agenda socialmente progresiva y moralista, junto con un matiz hiper-retórico, han sido características distintivas de la política exterior cubana antes y después de la Revolución. Aún bajo la hegemonía de Estados Unidos durante la República, el gobierno cubano encontró formas de hacerle frente asumiendo posiciones que no favorecían a Washington (similar posición asumió Cuba frente a los soviéticos). Un amplio margen de autonomía, más amplio del que usualmente se reconoce, existió antes de 1959. El enfrentamiento con Estados Unidos y el conflicto de intereses y valores, antecedieron el advenimiento de la Revolución. Lo mismo se aplica a las posiciones anti-status quo y activistas que asumió en los foros internacionales. La Revolución cubana simplemente radicalizó una conciencia global preexistente entre ciertos sectores de la élite y la sociedad

en general. Sin el legado Republicano es difícil imaginar que el gobierno revolucionario cubano hubiera tenido las normas y la experiencia para comportarse de la forma que lo ha hecho en la arena internacional. Desde este punto de vista, la cultura política ha sido decisiva, en conjunto con otros factores relacionados (individuales y estructurales, nacionales e internacionales, materiales e ideológicos), han establecido las bases de la prepotencia cubana desde la República hasta el socialismo y probablemente hasta mucho después.

